

Humberto Maturana ()*

Modo de vida y cultura

Muchos años atrás, en 1967, yo estaba por algunas semanas en Estados Unidos, y asistía a una conferencia dictada por una mujer que tal vez algunos de ustedes conocen, Evelyn Keller. En esa conferencia ella discutía la aplicación de la noción de género en ciencia. Después que ella habló, se abrió un debate, y yo pedí la palabra y dije: «Por favor, quiero decir algo; ustedes me van a disculpar, pero siento que tengo derecho a hablar en esta reunión porque fui educado como niña. De modo que de alguna manera soy una mujer honoraria, aunque desgraciadamente no he sido reconocido así públicamente.»

Lo que quería decir, en ese momento, es que tuve la ventaja de ser educado como niña. Mi primera mujer, María Montañez, una vez hizo la siguiente reflexión: «Hay una diferencia fundamental en la educación de los niños y las niñas en nuestra cultura occidental actual. A los niños se le enseña a restringir su atención a un tema cada vez; a las niñas se les enseña a ampliar su atención simultáneamente a muchos temas cada vez.»

El niño debe concentrar su atención, haciendo sólo una cosa en cada momento: estudiar, limpiar su pieza, o regar el jardín. La niña debe ampliar su atención haciendo varias cosas a la vez: ayudar a la mamá en la cocina, el cuidado del hermanito, ordenar la casa y hacer las compras.

Afortunadamente yo fui criado como niña y aprendí a hacer de todo; pero aprendí a hacer de todo no como una carga, sino como parte legítima del vivir, y con esto de aprender como niño a hacer de todo, resulta que uno aprende a vivir en un espacio de sucesos y fenómenos interconectados en un sistema. Los hombres somos normalmente educados en un vivir lineal; las mujeres normalmente son educadas en un vivir sistémico. Esto hace una diferencia seria, los hombres tenemos dificultades para entender a los sistemas porque no sabemos mirar las simultaneidades, ni sabemos atender a las interconexiones de los procesos como resultado de nuestra educación.

Una niña educada como niña en esta cultura (yo no estoy diciendo que la cultura sea buena o mala, estoy haciendo referencia a un fenómeno de la educación), tiene que manejar simultáneamente muchas cosas, y tiene que estar simultáneamente atenta a muchas cosas que tienen que ser coordinadas, correlacionadas, conocidas y tocadas o dejadas de lado, de manera oportuna atendiendo a todas sus interconexiones.

Hace algunos años apareció un artículo en la revista dominical de El Mercurio, en el que se mostraban las respuestas de muchos hombres muy distinguidos, a los que se les preguntaba cómo se encontraban ellos en su casa cuando sus esposas estaban de vacaciones. El artículo mostraba una situación desastrosa. A mí me dio vergüenza ser hombre. Los entrevistados no sabían hacer nada: no sabían cocinar, la casa estaba sucia, no sabían atender a los niños; es decir, un desastre. Lo peor es que ninguno de ellos veía su situación como un desastre, sino como algo propio del hombre.

Afortunadamente fui educado como niña, y me beneficié de la posibilidad de pensar, mirar y actuar como niña, y es a eso a lo quiero hacer referencia en esta charla.

Quiero referirme a ese mirar, a esa capacidad que ustedes mujeres y algunos hombres afortunados tienen, de poder darse cuenta de que existen en un ámbito sistémico, en un mundo

en el cual todos los fenómenos están legítima y naturalmente interconectados, de modo que no tienen que hacer un esfuerzo especial para darse cuenta de ello. Quiero encontrarme con ustedes en esa multidimensionalidad.

Quiero, además, destacar que soy biólogo. Que fui y soy uno de esos niños o niñas que desde pequeños ven a los animalitos. Hay niños que ven el bichito que se está moviendo, y le dicen a su mamá que vieron un bichito. No todos los niños lo ven, no todas las niñas lo ven, pero hay algunos que lo ven, y éstos que lo ven, si el espacio familiar lo permite, y en mi caso fui afortunado pues mi madre acogió mi ver los bichitos, pueden crecer conectados con los seres vivos y transformarse en biólogos. El biólogo o la bióloga es una persona que vive bajo la pasión de conectarse con los seres vivos, ama a todos los seres vivos, no importa que sean arañas, elefantes, sapos, culebras, seres humanos. Y este amarlos, no es otra cosa que respetarlos, que aceptar su legitimidad, y desde esta aceptación de legitimidad de los seres vivos, mirar el vivir y mirar el mundo. Yo soy una de esas personas, y he vivido toda mi vida mirando bichitos y viviendo la maravilla de su compañía. Con esto no quiero decir ninguna cosa especial mía, solamente quiero mostrarles desde donde les voy a decir lo que les voy a decir, de modo que ustedes sepan que al hablarles lo hago no como una persona que sabe todas las cosas que se han dicho o escrito en biología, sino como una persona que sabe de los seres vivos por que ha convivido amorosamente con otros seres vivos como él. Además, es desde esta perspectiva que les voy a hablar a ustedes como seres vivos, porque lo que voy a decir tiene que ver con ustedes y conmigo, como animales que somos.

Hace algunos años estuve en la ciudad alemana de Nassau invitado por la Facultad de Teología de la Universidad de dicha ciudad. Passau es una diócesis católica muy importante, de modo que tiene una larga tradición católica, y tiene una Escuela de Teología. Después que hice mi charla, el decano, teólogo, dijo: «es bueno que le recuerden a uno de vez en cuando que es un animal».

Quiero ante todo destacar que somos primariamente animales, y que nuestra vida espiritual se da, no desde la negación de nuestra condición de animales, sino como un modo de vivir en nuestra condición de ser la clase de animales que somos. El ser animal no niega lo espiritual, lo hace posible como un modo de vivir en la relación con otros, con el mundo y consigo mismo cuando se vive en el lenguaje.

En otras palabras, nuestra vida no se da exclusivamente en nuestro mero ser animal con una identidad zoológica señalada al decir que somos *Homo sapiens sapiens*, sino que se da en cómo vivimos nuestras relaciones como la clase particular de animales que somos al realizar nuestro vivir como seres humanos y existir como tales en el lenguaje.

¿En qué momento comienza lo humano? Yo como biólogo miro y procuro explicar y entender las características de los seres vivos, viendo sus semejanzas y diferencias. Todas ustedes, y los hombres también, en algún momento se han preocupado de cocinar, y saben que el pollo tiene hígado. y tal vez se habrán preguntado alguna vez, por qué se llama hígado esto que se llama hígado en el pollo, y que relación tiene con lo que se llama hígado en la vaca, o en uno mismo. Más aún, ustedes habrán notado que el hígado del pollo, y el de la vaca se parecen en el sabor. ¡Interesante! Ustedes reconocen el hígado por el sabor, y pueden preguntar de qué animal son los trozos de hígado que comen, ya que el hígado de cordero, de vaca o de pollo tienen esencialmente el mismo gusto. Y si comiéramos hígado humano, nos encontraríamos, a lo mejor, con que tiene el mismo gusto. ¿Por qué los hígados de los distintos vertebrados tienen el mismo gusto? Porque son órganos de la misma clase. Los animales nos parecemos pero también nos diferenciamos. Nosotros no vivimos como los pollos, aunque muchas veces le dicen a uno que vive como un pollo. No vivimos como los perros, aunque algunas veces uno diga «tengo una vida de perro». Pero el solo hecho de que yo pueda decir «llevo una vida de perros», muestra que mi vida no es de perro, porque el perro no puede decir que lleva una vida de perro: el perro no existe en el lenguaje. Al mirar la diversidad se ven las semejanzas, y al ver las semejanzas, uno se

puede preguntar por su origen, pregunta que en biología moderna se contesta con la teoría de la evolución. Pero ¿qué es una teoría? Una teoría es una proposición explicativa del presente. Reflexionemos un momento sobre esto. La Biblia cuando habla en el Génesis de la Creación, propone una teoría explicativa de como somos, como somos en el presente. Hay muchas teorías explicativas del presente, y de distintos presentes; pero ¿qué hace una teoría explicativa del presente? Propone una historia que si hubiese tenido lugar, el resultado habría sido el presente que la teoría explica. De modo que el Génesis, en la proposición bíblica, es una teoría explicativa del presente y la teoría evolutiva biológica es también una teoría explicativa del presente. Pero hay algo más, las diferentes teorías se fundan en distintas nociones fundamentales desde las cuales se construyen.

Yo quiero decirles un par de cosas sobre la explicación biológica del presente humano. Toda teoría biológica que pretende explicar el presente humano consiste en la proposición de una construcción histórica que usa como elementos fundamentales los distintos aspectos de la multidimensionalidad experiencial del observador en el presente, presentándolos como fenómenos o procesos que si hubiesen actuado durante mucho tiempo habrían dado origen, como resultado de su operar, al presente humano que se explica.

Según la teoría de la evolución biológica, los seres vivos actuales somos el presente de una historia que comenzó hace por lo menos tres mil quinientos millones de años atrás. En esta historia, los seres vivos se habrían reproducido y diversificado generación tras generación en la continua formación de distintos linajes de modos de vida, que surgen como variaciones de los modos de vida ya existentes. En tanto la historia de los seres vivos ha sido así, nosotros, los seres humanos, constituimos uno de tantos linajes, y estamos conectados históricamente de manera más o menos cercana por nuestro modo de origen, con todos los otros seres vivos existentes. Así que, señoras, señores, no tienen que decirme su edad, todos ustedes y yo, tenemos por lo menos tres mil quinientos millones de años de historia ancestral, y somos, desde este punto de vista, de la misma edad. Y, además, somos de la misma edad que nuestros perros, que los gatos, que los pollos que nos comemos. Pero, naturalmente uno puede preguntar cuándo surgió en esta historia el modo de vida humano.

Veamos qué pasa. Lo que la biología nos muestra es que pertenecemos a una historia de diversificación de modos de vida, y, en cierto modo, nos propone las preguntas: ¿cuándo surge el modo de vida humano?, ¿qué pasa de manera que surge el modo de vida humano? El modo de vida humano surge en algún momento alrededor de tres millones de años atrás, no tres mil quinientos millones de años atrás como ocurre con el origen de lo vivo. El fundamento de tal afirmación está en que en el presente encontremos fósiles de animales que vivieron en esa época, y que al mismo tiempo que se parecían al ser humano actual, eran diferentes de él. Esos seres eran bípedos (hay huellas de dos millones y medio de años atrás de pies idénticos a los nuestros), tenían una mano como la nuestra, se movían como nosotros, pero tenían una cabeza mucho más pequeña, con un cerebro que era aproximadamente un tercio del tamaño del nuestro.

Ahora, si uno examina el modo de vida nuestro actual, en algunos aspectos al menos, y se pregunta, mirando los restos fósiles, cómo tienen que haber vivido estos seres que reconocemos como ancestros nuestros precisamente por las semejanzas de los huesos, de los dientes, de la forma del cuerpo, de las manos; descubrimos que estos seres antecesores nuestros no eran cazadores ni carnívoros, pues no tenían dentadura de animales cazadores y carnívoros. Tenían la dentadura igual a la nuestra, de modo que comían como nosotros granos, semillas, nueces, insectos, frutas, raíces, y ocasionalmente carne de animales muertos por otros animales, que quedaban ahí sin ser totalmente comidos. Nosotros ¿qué comemos? Granos, nueces, semillas, frutas, hojas, raíces, insectos, o larvas de insectos cuando comemos el maravilloso queso francés agusanado, y un poco más atrás en la historia, como ocurre con los aborígenes australianos actuales, nuestros antepasados comían deliciosas larvas de coleópteros gorditas y ricas en

alimentos, que uno encuentra en las raíces de los árboles. De modo que comemos lo mismo que nuestros antecesores tienen que haber comido, y estos tienen que haber sido animales recolectores como nosotros lo somos aún. Yo afirmo siempre que el éxito de los supermercados revela que somos animales recolectores; todos lo pasamos estupendo en el supermercado tomando, dejando, etcétera. Cuando uno se va de vacaciones lo pasa muy bien recogiendo moras, cosas silvestres. Recoger algo, mirarlo y dejarlo o llevarlo es algo espontáneo en nosotros. Aun en la agricultura somos recolectores, y de hecho, el ser agricultor es un modo de permanecer recolector. Lo que pasa es que uno planta lo que recolecta. Los seres humanos no somos principalmente cazadores, aunque hay momentos en la historia en que los seres humanos lo hemos sido.

Nuestros antecesores vivían en grupos pequeños, y sabemos que vivían en grupos pequeños porque algunos de ellos se han fosilizado juntos. Estos grupos pequeños tienen que haber sido de seis a ocho individuos, es decir, familias o grupos coherentes que incluían adultos, jóvenes, niños y guaguas. Pero, naturalmente, familias que no podemos comprender analizándolas con los mismos criterios de parentesco del día de hoy. No sabemos cómo vivían; el que se reunían de alguna manera en la convivencia está mostrado por el hecho de que se ha fosilizado toda una pequeña comunidad de aproximadamente ocho individuos que incluía todas las edades, tal vez porque cayó sobre ellos el techo de una caverna, o fueron atrapados en ella por alguna inundación repentina.

Estos antecesores nuestros, seguramente, y esto muestra mi incertidumbre ya que no lo puedo afirmar de la misma manera como he afirmado otras cosas, compartían alimentos. Nosotros sí lo hacemos, los niños pequeños lo hacen. Todas ustedes deben recordar más de alguna situación en la que un niño se saca la comida de la boca y se la pasa a la mamá o al hermano, quién dice: «No, m'hijito, eso no se hace, es cochino». Pero hace tres millones de años la mamá no decía eso, no tenía idea de las bacterias, vivía en un mundo sin bacterias. Y en muchas culturas donde no hay biberones, la madre pasa la comida directamente de la boca a la guagua cuando ésta no mama. Aún hoy, en muchas culturas los viejos son alimentados directamente de boca a boca cuando ya no tienen dientes, recibiendo la comida masticada por otra persona.

Gregory Bateson, distinguido antropólogo, tiene una película en que aparece una mamá con su guagua en brazos quien, de pronto, se inclina y pasa desde su boca a la boca del niño lo que ella ha estado masticando. Es posible que la costumbre de besarse en la boca venga de allí, venga del compartir alimentos. Esto tiene que ver con otro aspecto de la clase de animales que somos. Somos animales sensuales. Cuando ustedes llegan a su casa, el perro les pide cariño, salta, mete la cabeza entre las piernas, y ustedes le hacen cariño, lo tocan, y responden acariciándolo cuando se pone patas arriba para que le rasquen el vientre. Los mamíferos nos acariciamos; para verlo, basta ir al zoológico.

La mano humana, sostengo, es un órgano de caricia que reemplaza a la lengua como tal en otros mamíferos. La mano ya estaba plenamente desarrollada con estas características desde hace tres millones de años en nuestros ancestros directos. Los dedos de la mano del chimpancé no se estiran como los nuestros. El chimpancé camina apoyado en los nudillos de sus manos como un cuadrúpedo. Los restos fósiles muestran que la mano de nuestros antecesores podía estirarse igual que la nuestra. Sin duda en la historia evolutiva humana la mano tiene que ver con la manipulación en la coordinación visuo-manual en esto de sacar las hojitas que cubren las semillas de los pastos. Imagínense una espiga de trigo en la que tienen que sacar las hojas que cubren cada grano para comerlo. Pero la mano humana es mucho más que eso. La mano humana tiene esta maravillosa habilidad de adaptarse a cualquier superficie del cuerpo; con ella se puede acariciar cualquier superficie del cuerpo del otro o propio. No hay duda de que la mano es un órgano manipulativo, pero la historia evolutiva que da origen a lo humano, en mi opinión, no tiene que ver primariamente con el uso de herramientas, sino con la sensualidad, la ternura, la colaboración

y la caricia. Y no con la caricia como una cosa abstracta, sino que con la caricia como fenómeno de la corporalidad que hace de ella, además, un acto psíquico con fundamento fisiológico. ¿Qué pasa si un niño se cae y viene donde la mamá con la rodilla adolorida? La mamá lo acoge, lo acaricia, y el niño deja de llorar. ¿Se trata de un niño mañoso?, ¡no! Es por los efectos fisiológicos de la caricia que el niño se siente inmediatamente mucho mejor. Cuando uno acaricia en torno a la zona magullada, se produce anestesia central en el área dolorida como un fenómeno fisiológico normal. La caricia suprime el dolor, induce bienestar. Cuando nos acariciamos, cuando entramos en contacto corporal acariciante, nos apoyamos de alma a alma, y sin contacto corporal acariciante, nos enfermamos.

Pero hay más. En estos tres millones de años de historia humana hay una transformación del cuerpo de la mujer y del hombre que tiene que ver con la sensualidad, el lenguaje y la reproducción. El cuerpo de la mujer se transforma siguiendo el curso de la fetalización progresiva del recién nacido humano. El recién nacido humano es prácticamente un feto, un ser completamente incapaz de desplazarse por sí mismo, que si no se le cuida y acarrea en brazos, se muere. Esto en la historia humana ha ido acompañado de la infantilización del adulto. Los seres humanos, machos y hembras, adultos conservamos rasgos infantiles tanto en la anatomía como en la conducta. Además esta historia de fetalización e infantilización humanas, tiene que haber ocurrido en una convivencia de progresiva colaboración del macho con las hembras en la crianza de los niños. Y no sólo eso, dado los resultados, esta historia tiene que haber sido una historia de transformación en la estética de la intimidad sensual, en el lenguaje y la ternura, que se evidencian en la transformación del resto de la fisonomía corporal, de la voz y de la piel.

He dicho que la fetalización humana se entrelaza con una convivencia en la cual los machos participan en la crianza. ¿Cómo puedo hacer esta afirmación? Nada pasa en los seres humanos o en los seres vivos en general que la biología no permita, ni siquiera las experiencias espirituales más diversas son posibles fuera de la biología. Nada pasa que la biología no permita. Sin embargo, la biología no especifica lo que va a pasar, tiene que vivirse en una historia. Pero si nada pasa que la biología no permita, ninguna de las características conductuales actuales serían posibles en hombres y mujeres si no tuviesen la biología que lo permite. Hay hombres que se preocupan de los bebés, que son tiernos, cariñosos, y los manejan y se mueven con ellos como una mamá; sí, los hombres tenemos la biología del cuidado del bebé, reaccionamos frente a él con todas las habilidades psicológicas y manuales que tiene la mujer, sólo no podemos procrear ni amamantar.

Yo puedo afirmar que esta historia de estos tres millones de años a la que estoy haciendo referencia, y en la cual hay más de ciento sesenta mil generaciones, es una historia que ha tenido lugar con la participación de los machos en la crianza de los niños. No habría podido tener lugar de otra manera dado el modo de vida de animales recolectores, compartidores de alimentos, y sensuales, propio de nuestro linaje.

Pero, ¿cuándo surge lo humano? Hasta ahora, en esta reconstrucción histórica, somos iguales nosotros y nuestros ancestros de hace tres millones de años. ¿Cuándo surge lo humano? Lo humano surge con el lenguaje, pero no solamente con estar haciendo lo que el lenguaje es. Ustedes me habrán oído decir que el lenguaje es un modo de convivir en coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales. Les voy a dar un ejemplo mínimo: Supongamos que salen a una calle de doble tránsito y quieren tomar un taxi, en la dirección correspondiente a su lado, es decir, hacia la derecha. Supongamos, además, que en esa dirección todos los taxis vienen ocupados, pero al otro lado de la calle, hacia la izquierda, van libres. ¿Qué hacen? ¿qué hacemos? Si uno ve un taxi libre hace un gesto, y si uno se encuentra con la mirada del taxista, de la persona que maneja ese automóvil, hace otro gesto, un gesto adicional que uno ve como indicación del movimiento que tiene que hacer el taxista, y, presumiblemente, si uno se contactó con la mirada del taxista éste hace precisamente eso, da la vuelta y se para al lado de uno. Sí, ahí

tienen ustedes una coordinación de coordinación conductual. El primer gesto nos coordina con el taxista. Si nos parece que el taxista no nos ve, no hacemos el segundo. El segundo gesto aparece sólo en relación con el primero, en el contexto de la coordinación establecida por éste, de modo que el segundo gesto coordina la coordinación inicial. Eso es una coordinación de coordinaciones conductual entre el presunto cliente y el taxista, y como tal es una operación mínima de lenguaje. Más aún, eso es lo que aprende el niño al aprender el lenguaje: aprende a vivir en coordinaciones de coordinaciones conductuales que surgen en la convivencia con la mamá, sea esta masculina o femenina. y digo mamá masculina o femenina porque pienso que la maternidad es una relación de cuidado, no una propiedad de lo femenino. El dar a luz como fisiología de la reproducción tiene que ver con lo femenino; pero la maternidad en los seres humanos es una relación de cuidado para la cual estamos capacitados tanto hombres como mujeres. ¿Es esto extraño? No, ocurre en muchas clases de animales, de modo que en esto tampoco los humanos somos especiales.

Cuando en la historia a que pertenecemos se origina el vivir en el lenguaje como modo de vivir que se conserva generación tras generación, surge lo humano, pero, ¿cuándo pasa esto? Yo estimo que esto pasa alrededor de tres millones de años atrás, hace más de ciento sesenta mil generaciones. y pienso que tiene que haber ocurrido hace tanto tiempo por todas las transformaciones que se produjeron desde entonces hasta ahora en el rostro, la laringe, la fisonomía en general. El modo de vida propio de nuestra cultura actual, en cambio, tiene su origen alrededor de siete mil años atrás al surgir en Europa la cultura patriarcal occidental. Quitémosle a tres millones de años, siete mil años ¿cuántos años nos quedan? Dos millones novecientos noventa y tres mil. De modo que por dos millones novecientos noventa y tres mil años, se ha vivido una relación de convivencia distinta de la relación de convivencia actual patriarcal, relación de convivencia a la que la noción de género que aplicamos ahora para hombre y mujer, no se aplicaba, pues la distinción de género que vivimos ahora es cultural. ¿Qué quiero decir con esto? , quiero decir, que la noción de género pertenece a un modo particular de vivir en el lenguaje.

Las diferentes culturas son distintas redes cerradas de conversaciones, y como tales, son distintas configuraciones cerradas de modos de estar en el lenguajear y el «emocionar». Reflexionemos un instante sobre aquello que connotamos cuando decimos que alguien tiene pena, enojo, vergüenza u otra emoción. Si hacemos esto, nos daremos cuenta de que connotamos una clase particular de conducta para cada emoción, no una conducta particular. Así decimos de alguien que tiene miedo en una cierta situación, que pensamos que esa persona se va a conducir de cierta manera, que va a tener cierta clase de conducta, aunque no podamos decir en particular qué va a hacer. Lo que diferenciamos cuando distinguimos emociones, son dominios conductuales, dominios de acciones; las distintas emociones corresponden a distintos dominios de acciones. Las distintas culturas como distintas redes cerradas de conversaciones son distintos modos de convivir en las coordinaciones del hacer y el emocionar. Por esto, dos conductas que parecen la misma desde el punto de vista de los movimientos o relaciones externas en que ocurren, son distintas acciones desde el punto de vista de las emociones que las sustentan. Yo sostengo que es la emoción lo que define a la acción, no el hacer que involucra.

La historia evolutiva que ha configurado lo humano actual es una historia de tres millones de años o más, no de dos, cinco o diez mil años. Es una historia evolutiva que ha tenido lugar con una transformación corporal que pasa por la transformación del cerebro. Nuestros ancestros tenían un cerebro de un volumen del orden de los cuatrocientos cincuenta centímetros cúbicos, un tercio del tamaño del cerebro humano actual que es del orden de los mil cuatrocientos cincuenta centímetros cúbicos. Ese incremento de tamaño se relaciona con el modo de vida humano cultural que se establece en el origen de nuestro linaje, con el origen del lenguaje y el vivir en el conversar. El cerebro de cualquiera de nosotros es tres veces más grande que el

cerebro de cualquiera de nuestros antecesores de hace tres millones de años. La transformación que ha tenido lugar desde entonces no ha sido trivial. Ha pasado en la historia del vivir humano constituido en el vivir en el lenguaje. Pero para que esta historia de vivir en el lenguaje como un moverse recurrente en coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales pueda haber ocurrido, tiene que haberse vivido en cercanía corporal y en el compartir. Más aún, para vivir en la cercanía corporal y el compartir no basta estar especialmente cerca, no basta estar encerrados en el mismo espacio. El compartir se da en la emoción que define la cercanía en el convivir y abre espacio al cuidado recíproco. Aquí, por ejemplo, estamos juntos, y ustedes me escuchan y yo atiendo a sus miradas y gestos, porque queremos hacerlo, queremos la compañía y la coparticipación en lo que aquí ocurre. Si no fuese así, nos iríamos cada uno a lo suyo, y si alguien está aquí por obligación está en un emocionar distinto del emocionar de los otros que resulta en un distinto escuchar y hacer. Es la emoción la que define cualquier hacer como una acción: si queremos saber a qué acción corresponde un cierto hacer, colaboración u obediencia, respeto o tolerancia, apoyo o agresión, debemos mirar la emoción en que se realiza, miedo, amistad, vergüenza, agresión, ternura; debemos mirar a la acción que constituye ese hacer como una acción.

La historia humana ha seguido y sigue el curso de las emociones, La historia evolutiva humana tiene que haber transcurrido y ha transcurrido bajo una emoción fundamental que ha hecho posible la convivencia humana, y esa emoción fundamental es el amor. Sí, amor con minúsculas, no mayúsculas. Lo que digo no tiene que ver con ninguna religión, tiene que ver con la biología, y desde la biología el amor es el dominio de las acciones que constituyen al otro como a un legítimo otro en convivencia con uno. Amor es la emoción que constituye la relación que se tiene con una araña peluda si al verla, en el cerro, uno dice: «una araña» y se corre para no pisarla y seguir de largo. Tanto es así, que si alguien nos ve actuando de ese modo, dice a su vez: «Usted parece que ama a los animales». Si no ocurriese así, si ustedes después de ver a la araña la pisasen para matarla, el otro diría: «Usted no ama a las arañas». En el momento en que ustedes tratan a otro como un legítimo otro en convivencia con ustedes, el comentario que un observador hace es sobre la presencia de amor.

En la historia evolutiva que nos constituye como seres humanos, nosotros surgimos como hijos del amor. Esto no tiene que ver con lo bueno o con lo malo, tiene que ver con la emoción que constituyó la posibilidad de la convivencia en la cual surgió el lenguaje e hizo posible las transformaciones evolutivas que tuvieron lugar de modo que ahora somos como somos. El amor no es algo peculiar de los seres humanos, es propio de todos los animales que viven en cercanía e intimidad. Lo que pasa es que el amor tiene un carácter especial para los seres humanos, porque ha hecho posible la convivencia en la que surgió el lenguaje que, como modo de convivencia, configuró nuestro ser humano. En otras palabras, los seres humanos pertenecemos a una historia evolutiva en la que la emoción fundamental es el amor y no la agresión o la indiferencia. Tanto es así que, cuando se interfiere con el amor, con la relación de convivencia en la que surgimos como seres legítimos en el mutuo respeto, nos enfermamos. Todos sabemos esto, y sabemos también que el único remedio es el amor.

La historia evolutiva humana en tanto historia en el lenguaje es cultural, y nuestro ser como seres humanos es cultural. Pero quiero por el momento volver a esto, ¿qué es una cultura? Ya lo dije, una cultura es un modo de convivir en el entrelazamiento del lenguaje y el «emocionar» en una red de coordinaciones de acciones y emociones que designo con la palabra conversar, que significa dar vuelta juntos en la conducta y la emoción. Distintas culturas son distintas redes de conversaciones. La distinción de género como masculino y femenino según la cual se les asigna distintas tareas al hombre ya la mujer, reclamando superioridad para lo masculino, es cultural, no biológica. Biológicamente hombres y mujeres somos distintos, pero todas las asignaciones valorativas asociadas al género son culturales. En la historia evolutiva humana hombre y mujer

son copartícipes colaboradores en una convivencia que ha seguido el camino de la sensualidad y la ternura hasta el surgimiento de las justificaciones culturales que separan y oponen los sexos desde alguna teoría filosófica o religiosa que valida el control o dominio de uno sobre otro. En tanto lo humano es cultural, los niños que crecen en una cultura particular viven la red de conversaciones que constituye la cultura como algo natural hasta que se encuentran en contradicción con su biología.

¿Cómo se vive una cultura?, ¿cómo se aprende una cultura? Viviendo en ella. La mamá no le enseña a uno la cultura, pero uno vive la cultura con la mamá y aprende el hacer y el emocionar de la mamá. Las distintas culturas admiten ciertas preguntas y niegan otras, la mayor parte del tiempo no hay que hacer explícito qué preguntas son legítimas y qué preguntas no lo son. Los niños crecen aprendiendo a preguntar ciertas cosas ya no preguntar otras meramente viviendo en la comunidad a que pertenece porque la cultura se adquiere en el vivir en ella. Algunos aspectos particulares como declaraciones morales se adquieren por afirmaciones explícitas cuando hay conflicto en la convivencia, porque tales nociones surgen en una cultura como ampliaciones de la red de conversaciones que la constituyen en el intento de sus miembros de conservarla. Por esto las afirmaciones morales constituyen exigencias conductuales que implican la conservación o la negación de un cierto emocionar.

Lo que hacemos al educar a nuestros niños en el convivir o al mandarlos al colegio, es acotar sus espacios conductuales y especificar los espacios de preguntas legítimas e ilegítimas que ellos vivirán. Ejemplo: Hija: «mamá, Pedrito tiene una cosita con la que hace pipí, y yo no tengo». Mamá: «m' hijita, de esas cosas no se habla». No se puede hablar de sexo en nuestra cultura, el sexo es obsceno, es decir, en nuestra cultura vivimos una contradicción fundamental con nuestra biología, porque la anatomía sexual y las sensaciones corporales sexuales son parte de nuestro vivir, Nuestra cultura patriarcal occidental valora la procreación, pero denigra al sexo; no debemos hablar de sexo porque es obsceno. El resultado es que hablamos de sexo todo el tiempo, en la TV, en el cine, en la calle, sin respeto por nuestra propia sexualidad ni la sexualidad del otro, y al negar nuestra biología negamos nuestra espiritualidad: el sexo se vuelve cosa. Las diferencias valorativas de los géneros masculino y femenino son culturales y si son culturales pueden cambiar. Ciertamente, hay diferencias fisiológicas entre lo masculino y lo femenino. Desnudémonos, un hombre y una mujer, y comparémonos. Somos distintos, pero no somos ninguno mejor que el otro, y nuestro problema surge cuando negamos nuestra biología y tratamos a uno como superior al otro en función de diferencias fisiológicas y anatómicas. Hombres y mujeres somos distintos, pero pertenecemos a una historia de colaboración en la convivencia de lo masculino y lo femenino.

La oposición de la masculino y lo femenino surge con nuestra cultura patriarcal occidental siete mil años atrás. ¿Cómo puedo afirmar esto? Lo puedo hacer porque hay evidencias arqueológicas. Hay un presente arqueológico que se explica desde una reconstrucción histórica que apunta al momento en que se encuentran dos culturas opuestas: una cultura que yo llamo matrística, existente en la Europa central, y una patriarcal pastora que viene de Asia central. Se trata de nuestros ancestros, Kurga o Indoeuropeos que desbordan en distintos momentos hacia China, India y Europa. En algún instante estas dos culturas se encuentran en Europa, pero se encuentran como dos modos de vida, que son completamente opuestos. Donde una cultura dice a, la otra dice b, donde una dice c, la otra dice e. Por ejemplo: hasta cinco mil años antes de Cristo había en Europa Balcánica comunidades recolectoras/agricultoras que no vivían centradas en las jerarquías, ni en la apropiación, ni en la guerra, a juzgar por los signos arqueológicos: no había fortificaciones defensivas ni muestras de destrucciones bélicas, no había signos de división de la tierra, no había diferencias en las tumbas de hombres y mujeres, ni armas como decorados u ofrendas. Se trata de comunidades que llamo matrísticas porque en los lugares de culto se encontraban figuras femeninas simples o híbridas masculino-femeninas.

Seguramente ustedes saben de una estatuilla llamada Venus de Willendorf. Esta estatuilla que debe haber sido tallada hace más de veinticuatro mil años atrás tiene la forma de una mujer de vientre abultado, caderas anchas y grandes pechos. Al mismo tiempo, carece de rostro y las manos son apenas un esbozo sobre los pechos. Si se la mira como escultura, es una cosa preciosa, si la miran como forma femenina tal vez no guste porque sus pechos son exagerados, las nalgas demasiado grandes lo mismo que las caderas y el abdomen abultado; no satisface de ninguna manera la estética femenina de nuestro tiempo, y me atrevo a decir, tampoco la estética femenina de esa época. Cuando se la descubrió se la llamó la Venus de Willendorf porque fue descubierta allí, en el pequeño poblado austríaco, y se la trató como expresión de arte. Pero nosotros tenemos una noción del arte, que saca a lo estético de lo cotidiano y lo pone en el museo. Esta estatuilla empero, no pertenecía a un museo, pertenecía a la vida cotidiana. Como ya dije, esta figura no tiene rostro, y si ustedes miran el detalle del cuerpo: genitales, rodillas, nalgas, ven que es perfecto. Tampoco tiene manos, pues sobre los pechos tiene sólo un esbozo, apenas una insinuación de ellas. Pero la persona que hizo esta escultura muestra tal habilidad que no cabe la menor duda de que podría haber hecho más, no cabe la menor duda de que podría haber hecho rostro y manos perfectos, de modo que la ausencia de manos y de rostro revela algo de su vivir. Se dice que figuras como ésta representan a la Diosa Madre, la Diosa de la Fertilidad. Hay otras figuras femeninas que tienen un carácter completamente distinto, se trata de mujeres de formas delicadas, esbeltas, sin exageración en las caderas ni en las piernas ni en el movimiento. Son estatuillas en postura erguida, con los brazos abiertos y levantados que tampoco tienen rostro ni detalle en las manos. El estilo corporal, las proporciones del cuerpo se parecen a las formas de mujeres modernas que consideramos hermosas en nuestra cultura actual. Si se comparan estas clases de figuras, se ve que son completamente diferentes; una está con los brazos abiertos, como en oración; la otra está con las manos sobre los pechos como una figura en concentración sobre sí misma, en su propia armonía. Yo pienso que la figura esbelta de mujer con los brazos abiertos representa a la mujer, es la figura de la mujer de la época; la otra, la figura de la Venus de Willendorf, es evocadora de la abundancia y coherencia del mundo natural y no representa a la mujer.

Pienso que la ausencia de manos y rostro no es accidental y revela que esa gente no vivía en la manipulación ni en la aserción del yo, y pienso, también, que tampoco vivían en la reafirmación de lo individual como una exaltación del ego. Cuando la reafirmación individual en oposición a lo colectivo es fundamental, el rostro tiene presencia, porque es en el rostro donde nos distinguimos del otro en el yo. El dicho «en la noche todos los gatos son negros», en el fondo afirma que en nosotros, la individualidad, como distinción del otro, tiene una presencia fundamental como parte de nuestra mente cotidiana a través del rostro. Destacar el rostro es destacar el ego, no destacar el rostro es no destacar el ego.

Cuando aparece el patriarcado en Europa, aparecen las jerarquías, aparece la guerra, aparecen las diferencias en las tumbas de hombres y mujeres, aparecen las armas como adorno, y empiezan a aparecer figuras en las cuales las manos, los ojos y los rostros tienen presencia.

La cultura patriarcal se origina fuera de Europa. Pienso, como aparecerá en un ensayo titulado «Conversaciones matrísticas y patriarcales», incluido en un libro que publicaré en colaboración con la Ora. Verden Zoller con el título de Amor y Juego, fundamentos olvidados de lo humano, que el patriarcado, con el cual nosotros, occidentales europeos modernos, estamos históricamente conectados, se origina en Asia con el pastoreo, y que el pastoreo se origina en la persecución sistemática del lobo que le impide el acceso a su alimento natural. En este acto sistemático que niega al lobo el acceso a su comida natural y normal surge la apropiación, aparece la propiedad privada como un acto que le impide a alguien el acceso a algo que le pertenece de manera natural. Si ustedes van por el campo y encuentran un letrero que dice: «propiedad

privada», ustedes saben que se les está negando el acceso a algo que de alguna manera debería serles accesible de modo natural.

La apropiación constituye a la propiedad privada como un acto de exclusión del otro con respecto a algo que normalmente es también suyo.

El hecho es que el patriarcado surge a partir de la apropiación.

No voy a hacer una discusión más larga de la apropiación, pero quiero agregar que al surgir la apropiación, cambia el empuje cotidiano y surgen la enemistad, la guerra, la desconfianza y el control, y con éstas, la valoración de la procreación y la transformación de la mujer en procreadora con la negación de cualquier conducta de regulación de la natalidad. Más aún, con la valoración de la procreación y la negación de cualquier conducta de regulación de la natalidad, surge la explosión demográfica tanto animal como humana. Y con la explosión demográfica surgen el daño ecológico, la pobreza y la migración en un desplazamiento que lleva a la guerra de usurpación, la piratería, el sometimiento, el abuso y la esclavitud. El encuentro de la cultura patriarcal y la matrística como dos culturas directamente opuestas, pertenece a esta dinámica: hay oposición total entre la cultura patriarcal centrada en la apropiación, las jerarquías, la falta de confianza en la armonía del mundo natural, el control del otro, la valoración de la procreación, el control de la sexualidad de la mujer en oposición a las prácticas de regulación de la natalidad, la guerra y la dominación, y la cultura matrística centrada en la colaboración, la coparticipación, el respeto mutuo, la confianza en la armonía del mundo natural, la sexualidad como parte del bienestar y la belleza del vivir, y la ausencia del control de la sexualidad de la mujer en la aceptación de prácticas de regulación de la natalidad. En algunas ocasiones la cultura matrística es completamente eliminada, en otras se entremezcla de alguna manera con la patriarcal, en otras, es desplazada, y aun en otras, queda englobada por la cultura patriarcal, y permanece hasta ahora contenida en la relación materno-infantil por una envoltura de vida adulta patriarcal. Pienso que este último caso es el que da origen a nuestra cultura patriarcal occidental. Las mujeres matrísticas europeas no se someten del todo y retienen la cultura de la cooperación, el mutuo respeto, la sensualidad y la ternura, en el ámbito de la relación materno-infantil y de las relaciones de las mujeres entre ellas. La cultura patriarcal englobante presiona continuamente por penetrar en ese espacio introduciendo dimensiones de control, jerarquía, obediencia y competencia, con éxito variable. La oposición o conflicto entre los géneros masculino y femenino surge en estas circunstancias como resultado de la oposición de lo matrístico y lo patriarcal que tiene que vivir el niño o la niña al crecer inmerso en una infancia matrística en la relación materno-infantil, y deber luego pasar a una cultura patriarcal al acceder a la vida adulta. En este proceso el niño o niña presencia la continua oposición entre su madre matrística y su padre patriarcal como si se tratase de una oposición natural biológica entre el hombre y la mujer, y como si la dominación cultural de la mujer por el hombre fuese expresión de la superioridad intrínseca de lo masculino sobre lo femenino: los hombres son valientes, las mujeres son débiles; los hombres son racionales, las mujeres son emocionales; los hombres son confiables, las mujeres son volubles; los hombres son veraces, las mujeres son engañadoras. El niño o niña aprende a vivir la encarnación del bien y el mal en el hombre y la mujer: el hombre es el bien, la mujer es el mal. Los adultos que surgen de estos niños no ven que la oposición de lo masculino y lo femenino pertenece a la cultura patriarcal europea que surge del encuentro de esas dos culturas; más aún esos adultos tampoco ven que lo patriarcal no pertenece a lo masculino. Lo masculino y lo femenino son, en su constitución biológica y en la espontaneidad de un vivir sin la presión cultural patriarcal, identidades sexuales diferentes pero equivalentes.

Supriman ustedes las exigencias culturales patriarcales y surge inmediatamente la equivalencia, la colaboración, el placer de la compañía. Admitan ustedes las exigencias culturales patriarcales, y aparecen inmediatamente la oposición, la exigencia y el dolor en la convivencia que hace desaparecer la compañía y da origen al sufrimiento. Al crecer, el niño o niña vive una continua

presión para que abandone la cultura matrística de la infancia y se entregue al ser y hacer patriarcal de la vida adulta. Cuando eso pasa, surge un adulto que sufre, pero añora la armonía, belleza y sensualidad del mutuo respeto y confianza de la infancia matrística como algo utópico. La democracia surge como intento de recuperación de la vida matrística de la infancia gracias a esa añoranza. Con la Ora. Verden-Zoller hablamos en nuestro libro Amor y Juego, fundamentos olvidados de lo humano, de la democracia como una convivencia neomatrística que surge como una ruptura en el patriarcado europeo.

La democracia no es un modo de convivencia en el cual se accede al poder a través de un acto electoral; la democracia no es un oportunidad para una lucha electoral por el poder; la democracia surge como un modo de convivencia en el cual todos los ciudadanos, cualquiera que sea el criterio de elección para ser ciudadano, tienen libre acceso a todos los temas de la comunidad, tanto para su observación y discusión, como para participar en las decisiones de acciones sobre ellos. En la democracia, las elecciones de autoridades son sólo actos de delegación transitoria de responsabilidades, y configuran una operacionalidad destinada a evitar que nadie se apropie de los asuntos de la comunidad de modo que éstos puedan mantenerse públicos. Cuando se habla de la vía electoral como un modo democrático de acceso al poder, se niega lo democrático, pues en la democracia no hay poder, hay colaboración y coparticipación en el decidir y en el hacer.

Cuando se quiere defender la democracia con medidas de autoridad se niega la democracia, y se abre paso a la tiranía precisamente porque la democracia consiste en la legitimidad de todos los ciudadanos en la generación de acuerdos de convivencia. La democracia no se defiende, se vive. Con frecuencia se dice que “la democracia es ineficiente, pero es lo mejor que tenemos”. Tal afirmación es falaz, porque juzga a la democracia con los criterios de eficiencia propios de los sistemas autoritarios. La democracia vivida como tal, y no meramente mencionada, hace lo que promete: genera una convivencia en el respeto mutuo, en la colaboración, y en la visión y corrección de los errores que se producen en ella.

La historia de la democracia, desde que surge en Grecia, es una historia de conflictos que tienen que ver con dos aspectos fundamentales. El primero tiene que ver con la pregunta: ¿quienes son ciudadanos? En el origen de la democracia son ciudadanos solamente los dueños de tierras. No son ciudadanos ni las mujeres ni los comerciantes ni los artesanos, y parte de la historia de las prácticas democráticas pertenece al intento de expandir el ámbito ciudadano a todos los seres humanos, mujeres, artesanos, campesinos. El segundo aspecto de los conflictos en la historia de la democracia tiene que ver con el vivir patriarcal en que ella surge, que presiona continuamente para negarle su carácter matrístico y restituir las jerarquías y las relaciones de dominación y control. Así, por ejemplo, se habla de autoridad y de poder. Las nociones de autoridad y poder son constitutivamente negadoras del otro, y, por lo tanto, antidemocráticas. El poder se constituye en la obediencia cuando uno hace lo que otro le pide, en circunstancias que uno no lo quiere hacer, sometiéndose para conservar salvar o proteger algo, que puede ser la propia vida. El poder surge y se constituye en la obediencia, y la obediencia es un acto de autonegación en la concesión de poder. Si uno entra en una relación jerárquica aceptada por otro, niega al otro, y se niega a sí mismo, porque acepta como legítima la obediencia. La obediencia pertenece al sistema jerárquico del patriarcado. En la democracia no hay obediencia, hay colaboración y acuerdos como dominios de coherencias en el hacer que surgen en el respeto mutuo.

Estos dos tipos de conflictos que se presentan en la historia de la democracia, surgen del hecho de que la democracia aparece en el seno de una cultura patriarcal como un modo de convivencia que rompe con ella, así como del hecho de que los que la realizan son seres humanos surgidos en el patriarcado europeo occidental. Pero el que esto sea así es también lo que nos posibilita para concebir una vida democrática, ya que la cultura patriarcal occidental tiene un corazón matrístico.

Otras naciones patriarcales no tienen un corazón matrístico y las nociones democráticas resultan difíciles de comprender para sus miembros porque no han tenido como niños el espacio experiencial que hace posible tal comprensión. En nuestra cultura patriarcal occidental, el niño vive en su infancia matrística un espacio de aceptación y de respeto en la resolución de los conflictos, y de colaboración y coparticipación en el hacer, no vive en la lucha ni en la competencia. En la vida adulta es distinto; en la vida adulta se vive en la competencia, en la lucha, en las jerarquías, y se dice: «¡Ah, eso de vivir en la colaboración es utópico! Eso está bueno para el jardín infantil». Notable que se muestre así, con tanta claridad, la oposición de la infancia matrística y la vida adulta patriarcal. El conflicto de la adolescencia no es un conflicto biológico del desarrollo. La adolescencia no es un fenómeno psicológico de la transformación biológica en el crecimiento, es un fenómeno cultural, es un vivir conflictivo que surge de pasar de una cultura a otra que la niega totalmente. Uno viene del compartir y tiene que entrar a la competencia; uno viene de la participación y tiene que entrar en la apropiación; uno viene del respeto a su propio cuerpo y tiene que entrar a tratar su cuerpo como obsceno; uno viene de la colaboración que surge del respeto mutuo y tiene que entrar en la autonegación de la obediencia; uno viene de la veracidad de ser, y tiene que entrar a la mentira de la apariencia y de la imagen. Ese es el conflicto del adolescente. Pero el hecho de que exista ese conflicto quiere decir que existen los fundamentos matrísticos que constituyen la posibilidad de un vivir democrático si se quiere. Pienso, personalmente, que ésta es una tarea de todos, pero pienso también que es una tarea que nos involucra de manera levemente distinta al hombre ya la mujer. Desde luego nos involucra de una misma manera en la necesidad de eliminar las nociones genéricas valorativas, pero nos involucra de una manera distinta porque tenemos que mirar a la recuperación del espacio de colaboración de distinta manera. Los hombres tenemos que abandonar las pretensiones de superioridad y las mujeres tienen que abandonar la aceptación de la inferioridad, y esto tiene que pasar no sólo en la convivencia de los adultos, sino que también en la convivencia con los niños. Además tenemos que comprender que dejar de pretender que se es superior no es lo mismo que dejar de aceptar que se es inferior, porque las tentaciones son distintas. La tentación del que está dejando de ser superior es la de sumergirse en la humildad extrema y en la autodesvalorización, y la tentación del que está dejando de sentirse inferior es la de entrar en la dominación y la sobreautovalorización.

Mujeres y hombres tenemos que encontrar el espacio de equivalencia y mutuo respeto que hace posible la colaboración, pero tenemos que reconocer las diferencias: los hombres no podemos tener hijos como lo hacen las mujeres, pero estamos como ellas igualmente dotados para ser madres si aceptamos la maternidad como una relación de cuidado; los hombres y las mujeres tenemos fisiologías distintas, pero ninguno es superior o inferior al otro; las mujeres y los hombres necesitamos igualmente de la ternura y la sensualidad como un aspecto fundamental del ser humano, pero nuestros ritmos biológicos son diferentes; en fin, los hombres y las mujeres estamos igualmente dotados para la consensualidad, pero vivimos el mundo desde perspectivas biológicas diferentes porque nuestros cuerpos son distintos. Es decir, en tanto somos iguales, ninguno es superior al otro, pero en tanto somos distintos, la convivencia sólo puede darse sin dolor ni sufrimiento, desde la participación en un proyecto común en el mutuo respeto de la colaboración entre iguales respetando las diferencias. Esto a veces se señala hablando de complementariedad.

Voy a terminar diciendo que en mi laboratorio, tengo una carta de la Declaración de los Derechos Humanos de Naciones Unidas clavada en la pared. Hay treinta derechos consignados en ella. Yo he agregado dos derechos a esa lista. Mis alumnos han agregado uno más. Noten ustedes que la carta de los derechos humanos es un acto declarativo cultural en un intento neomatrístico que pretende recuperar un modo de vivir en el mutuo respeto entre iguales. Los

derechos humanos no son naturales, son una obra conspirativa para una convivencia en un proyecto común neomatrístico que se quiere vivir.

Es por esto que ha resultado tan difícil vivir de acuerdo a ellos. Para que los derechos humanos tengan presencia uno tiene que quererlos, si uno no los quiere, no tienen ninguna presencia. Pero si uno quiere la coinspiración que ellos representan, uno puede agregar otros que uno considera que requieren ser reconocidos en el espacio de convivencia neomatrística que les da origen.

Como dije, yo he agregado dos y mis alumnos han agregado un tercero.

1. El derecho a equivocarse, el derecho a cometer errores. Pienso que el derecho a equivocarse es fundamental, porque si uno no tiene derecho a equivocarse no tiene cómo corregir los errores porque no tiene cómo verlos. Los sistemas autoritarios jamás se equivocan, porque para equivocarse uno tiene que aceptar que no es autoridad. Tiene que aceptar que no es dueño de la verdad. Por esto el derecho a equivocarse es un derecho fundamental.

2. El otro derecho que yo agregué, es el derecho a cambiar de opinión. Vivimos un mundo que nos exige ser iguales siempre. Ejemplo: a veces a uno lo acusan: «usted hace 20 años dijo tal cosa, ahora está diciendo algo distinto». Ciertamente dije cosas distintas hace 20 años, algunas de las cuales me alegra haberlas dicho, y otras no. La verdad es que hay ciertas cosas que yo quisiera no haber dicho jamás en mi vida, pero el haberme dado cuenta de que fueron indeseables me permite cambiar de opinión. Pero si el otro no me deja cambiar de opinión, ¿cómo suelto la verdad y acepto mi error? y tengo que soltar una verdad para tener otra. En fin, para moverme en un espacio de respeto al otro necesito no ser dueño de la verdad, y para no ser dueño de la verdad necesito poder cambiar de perspectiva, es decir, necesito poder cambiar de opinión.

3. El tercer derecho, agregado por mis alumnos, es el derecho a irse. Claro, la convivencia no debe ser una cárcel.

Para terminar quiero volver al principio, quiero volver a la mirada que permite verse parte de un sistema de seres que se respetan mutuamente. Pero para respetarse mutuamente, hay que haber vivido en el respeto mutuo. Ese es el comienzo de nuestra historia: una convivencia en el mutuo respeto que añoramos tanto que en algún momento hemos querido recuperar en un acto conspirativo internacional, la declaración de los derechos humanos, veamos si podemos vivir de acuerdo a nuestros deseos.

(1) Texto perteneciente al libro Transformación en la convivencia, Ediciones Dolmen, 1999.

(*) Biografía escrita por el científico al momento de recibir el Premio Nacional de Ciencias en 1995:

Comencé mi vida científica como estudiante de medicina (1948) en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile bajo la guía del Profesor Gabriel Gasiç.

Más tarde la continué en Inglaterra (1954) del profesor J. Z. Young. Durante éste período y en relación con éstos profesores, aprendí a considerar a los seres vivos no como conglomerados de propiedades o componentes con importancia funcional, sino como entes dinámicos autónomos en continua transformación en coherencia con sus circunstancias de vida.

En 1956 fui aceptado en la Universidad de Harvard como candidato al Ph. D. en biología. Yo estaba interesado principalmente en la neuroanatomía y la fisiología de la visión, pero mi interés biológico general era la comprensión del modo de operar sistémico del sistema nervioso y la organización sistémica de los seres vivos. Obtuve mi doctorado (ph.D.) en 1958 con una tesis que fue un estudio de la ultra estructura del nervio óptico de la rana (*Rana pipiens*). Mi interés en el tema de la percepción me llevó a relacionarme con el Dr. Jerome del Instituto Tecnológico de

Massachusetts, y a aceptar eventualmente una posición postdoctoral en su laboratorio. De allí adelante colaboramos por varios años. Los frutos de esta colaboración fueron publicados en varios artículos sobre anatomía y fisiología de la visión de la rana, artículos considerados ya como clásicos. Yo pienso que esos trabajos han tenido una gran influencia en la historia de la fisiología de la percepción porque rompieron con la visión tradicional existente que trataba al sistema nervioso como un analizador pasivo de las dimensiones físicas del estímulo. En esos trabajos mostramos que en la visión de la rana, y ya a nivel de la retina misma, el sistema nervioso especifica con su estructura lo que el animal ve. En ese entonces nosotros decíamos que la retina abstraía de manera selectiva distintas configuraciones del estímulo visual. Sólo más tarde me di cuenta de que lo visto era de hecho especificado por el operar de la retina, y que no era simplemente una abstracción de las coherencias del mundo visible. Más aún, mostramos que es el vivir del animal lo que determina como y que ve éste.

Regresé a Chile en 1960 como Ayudante Segundo en la Cátedra de Biología de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile. Siguiendo mi interés en los fenómenos perceptuales y en la organización de los seres vivos, inicié dos caminos de investigación, uno en una serie de estudios anatómico y fisiológicos del sistema visual de las aves, y otro en el intento de caracterizar la organización de los seres vivos como sistemas autónomos.

En el ámbito de la percepción visual estudié la visión de colores de la paloma, tratando de identificar a nivel retinal y talámico los procesos neurofisiológicos que dan origen en estos animales a sus distinciones cromáticas. A través de este estudio llegué a lo que considero las ideas centrales de mi entendimiento del sistema nervioso:

- a) Que el sistema nervioso no opera captando características del mundo externo, y que por lo tanto no opera haciendo una representación de dicho mundo externo
- b) Que los estímulos que un observador ve como externos gatillan pero no especifican los cambios que ocurren en el sistema nervioso como resultado del fluir de las interacciones del organismo con el medio
- c) Que el sistema nervioso como red neuronal cerrada sobre si misma, opera como una red cerrada de cambios de relaciones de actividad neuronal
- d) Que en tanto algunos de los componentes neuronales del sistema nervioso se intersectan con las superficies sensoras y efectoras del organismo, éste en su operar como red cerrada de cambios de relaciones de actividad en sus elementos neuronales, da origen a correlaciones senso efectoras en el organismo
- e) Que la conducta del organismo surge en sus encuentros con el medio según el fluir de las correlaciones senso efectoras que el operar del sistema nervioso genera en él
- f) Que la congruencia operacional de un organismo con su circunstancia, es el resultado de los cambios estructurales coherentes entre organismo y medio que han surgido de la historia evolutiva a que éste pertenece, y que surgen en su devenir ontogénico.

Fue entre los años 1968 y 1970 que publiqué por primera vez estos trabajos e ideas en tres artículos llamados, "A relativistic Theory of Color Coding in the Primate Retina", "Neurophysiology of Cognition", and "Biology of Cognition". Desde entonces he continuado trabajando sistemáticamente con las consecuencias de ésta ideas en los ámbitos de la neurobiología, el conocimiento, el lenguaje, y la evolución biológica.

La noción de que el sistema nervioso opera como una red cerrada de cambios de relaciones de actividad neuronal ha resultado poderosa para la comprensión de los fenómenos cognoscitivos. En 1970 entrelacé la visión del operar del sistema nervioso como sistema cerrado de cambios de

relaciones de actividad, con la visión del ser vivo como sistema cerrado de producciones moleculares, en el desarrollo del entendimiento de los seres vivos en su organización como redes cerradas de producciones moleculares abiertas al flujo material y energético. Así invente la palabra "autopoiesis" para capturar el hecho de que los seres vivos son sistemas autónomos como redes discretas de producciones moleculares en las que las moléculas producidas con sus interacciones constituyen la misma red que las produjo y especifican su extensión en un ámbito de continuo flujo molecular. En un libro que escribí con mi antiguo alumno Francisco Varela, y que llamamos "de Máquinas y Seres Vivos" mostramos que todos los fenómenos biológicos resultan directa o indirectamente del operar de los seres vivos como sistemas autopoieticos moleculares. La teoría de la autopoiesis junto con el entendimiento de que el sistema nervioso no opera con representaciones del medio, ha tenido muchas consecuencias en el ámbito de la biología, teoría del conocimiento, y ciencias sociales.

Lo que ha ocurrido en el ámbito de la neurobiología en estos últimos veinte años muestran en mi opinión, aunque de manera circunstancial, que mi visión del operar del sistema nervioso es adecuada. En efecto, cada vez más se hace evidente que la idea de que el sistema nervioso opera con representaciones del medio de existencia del organismo es inadecuada para entender fenómenos como el lenguaje, la consciencia, la imaginación, o el sentido espiritual de la vida humana. Es por esto que el tema de la neurobiología de la visión como un camino de investigación de la generación de los espacios de existencia de los seres vivos sigue vigente, y se mantiene como un tema central en mi laboratorio.

Desde 1970 he trabajado en el desarrollo de lo que he llamado "biología del conocimiento" así como en las implicaciones de la teoría de la autopoiesis en distintos ámbitos de la fenomenología biológica, en particular en el antropológico social, en el origen de lo humano, y la evolución biológica. Estos distintos temas están entrelazados tanto desde lo que se refiere a la organización del ser vivo y su operar como sistemas determinados en su estructura, como desde lo que se refiere al entendimiento del operar del sistema nervioso como una red neuronal cerrada. Lo central en el desarrollo de mi pensar ha sido el hacerme cargo de que los seres vivos existimos en dos dominios operacionales, uno el de la dinámica estructural interna, que es donde se realiza la autopoiesis, y el otro es el de la dinámica relacional que es donde existimos propiamente como seres vivos en la realización de nuestro vivir como las distintas clases de seres vivos que somos.

La distinción de estos dos dominios de existencia de los seres vivos es central para no confundirlos en la explicación. Así, por ejemplo, no es posible entender el fenómeno del lenguaje si uno no se hace cargo de que éste existe o tiene lugar como una dinámica relacional y no como una dinámica neurofisiológica aunque resulte de una dinámica neurofisiológica. Lo mismo pasa con los fenómenos de autoconsciencia.

Otro aspecto del desarrollo de mi pensar y explicar, tiene que ver con el hacerse cargo de que los seres vivos somos sistemas determinados en nuestra estructura, y que por lo tanto, es central entender y explicar los fenómenos humanos en todas sus dimensiones sin violar conceptualmente tal condición. En este sentido me he dado cuenta de que para de hecho comprender y explicar los fenómenos biológicos en su carácter histórico, es fundamental hacerse cargo de la condición de congruencia estructural del ser vivo con su circunstancia su como condición primaria de existencia. El reconocimiento conceptual y operacional de ésta condición, que yo llamo "acoplamiento estructural", permite comprender el curso del cambio estructural filogénico y ontogénico bajo condiciones en las que se conservan el vivir y la adaptación. Más aún, tal comprensión permite explicar las distintas dimensiones del vivir humano en espacios de

existencia que surgen en la convivencia en el lenguaje como si fuesen de carácter abstracto pero que ocurren en la concreción del vivir cotidiano. Mi trabajo en éste campo me ha llevado a varias publicaciones, de las cuales la más reciente es un pequeño libro que se llama, "Objetividad: un argumento para obligar" (Dolmen Editores, 1997).

En el presente me encuentro trabajando en entender el acoplamiento de la dinámica cerrada del sistema nervioso con el operar del organismo que hace a ese operar cerrado un operar recursivo generador de los distintos espacios de relaciones en que un organismo vive. Esto es particularmente necesario para comprender la existencia humana en los distintos dominios de realidad en que tiene lugar, y como vivimos en realidades virtuales que dejan de serlo para ser el fundamento de nuestro devenir. Por último, es desde esta dirección que me interesa el origen de lo humano, el lenguaje y las emociones.

El último desarrollo conceptual que he hecho, tiene que ver con lo que llamo "biología del amor" , cosa que aún se trata como tema tabú en el ámbito de las ciencias biológicas, pero que yo quiero sacar de allí. Las emociones ocurren en el espacio relacional del organismo como clases de conductas relacionales. Desde el punto de vista orgánico las emociones corresponden a dinámicas internas neurofisiológicas que especifican en cada instante como se mueve el organismo en el espacio relacional. Las emociones, por lo tanto especifican el curso de las relaciones del organismo en el medio, y de hecho constituyen un factor guía en el devenir ontogénico y filogénico a la base de la historia evolutiva de los seres vivos.